

**CICLO DE ENCUENTROS
“TRAYECTORIAS”
Gustavo Lins Ribeiro**

Entrevista realizada por
Soledad Gesteira, Violeta Ramírez
y Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el Ciclo de Encuentros “Trayectorias”¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y,

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Gustavo Lins Ribeiro, realizada durante el año 2009, en la ciudad de Buenos Aires, en el contexto de la VIII Reunión de Antropología del Mercosur.³

Gustavo Lins Ribeiro es Ph.D. en Antropología por la City University of New York (1988). Es Profesor Titular del Departamento de Antropología y Director del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Brasilia. Investigador del Conselho Nacional de Pesquisa e Desenvolvimento Tecnológico (CNPq), publicó libros en Brasil, Argentina, Colombia, España, Estados Unidos, Inglaterra, México y más de 150 artículos, en los EE.UU., Inglaterra, Alemania, España, Francia, Portugal, India, Japón, Argentina, Brasil, Colombia, El Salvador, Guatemala, Perú, Uruguay, Venezuela y México, sobre temas como desarrollo, ambientalismo, migraciones internacionales, cibercultura, globalización, transnacionalismo. Es miembro del Consejo Editorial de más de 20 periódicos, como el *American Anthropologist*, *American Ethnologist*, *Journal des Anthropologues* (París) y *Alteridades* (México). Fue editor invitado de *Current Anthropology*, presidente de la Asociación Brasileira de Antropologia y primer coordinador del World Council of Anthropological Associations. Es miembro de la Comisión World Anthropologies de la Asociación Americana de Antropología. Recibió, entre otros, el premio de Investigador del Distrito Federal de la Fundação de Apoio à Pesquisa do Distrito Federal.

Nací en Recife. Mi padre trabajaba en el Banco de Brasil, que en esa época era un empleo muy bueno en Brasil. El banco era y sigue siendo el banco más grande del país. Es mitad capital privado, mitad estatal. Y también había una cierta característica de los empleados de este banco que se trasladaban mucho adentro del país. Nací en 1953, en el 58 mis padres se mudaron a Río. Y vivimos poco tiempo en Río, vivimos como 3 años allá porque la capital –Brasilia– se inauguró en 1960 y mi padre trabajaba en la dirección general del banco que se mudó a Brasilia. Cuando llegué a Brasilia era un niño, tenía 8 años de edad. Eso tiene todo que ver con lo que después iba a pasar con mi propia vida profesional porque yo crecí viendo la ciudad construyéndose. Y ya de niño era muy curioso. No sé si ustedes conocen Brasilia, es una ciudad que tiene muchos jardines, es

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de potenciar la legibilidad del relato. De este modo, el texto presenta algunas diferencias con la entrevista

una ciudad-jardín, forma parte de la concepción, de la planificación de la ciudad, ser una ciudad verde. Entonces, venían los trabajadores a plantar lo que sea, los árboles, las flores, el césped. Yo me mezclaba con ellos porque quería hacer lo mismo, me parecía increíble poder plantar una cosa y después mirar y decir: "Yo planté esto". Me mezclaba con los trabajadores y charlaba con ellos, y ahí oía muchas historias. Como alguien que creció en Brasilia, yo sabía que había muchas historias sobre la construcción de Brasilia, no sólo por esas experiencias de la curiosidad de un niño, sino que también porque las oía en mi casa, los amigos de mis padres que hablaban sobre cómo era Brasilia antes de la inauguración de la ciudad. Brasilia era una ciudad completamente distinta de cualquier otra, sigue siendo. Además, como capital de la República, también sufrió mucho con la dictadura militar. En el golpe del 64, yo era niño, pero en el 68, cuando se profundiza la represión política, ya no era tan niño, era adolescente. En Brasilia la represión era más visible porque incluso en esta época era una ciudad chica.

Nací en una casa donde había una biblioteca, a mí siempre me gustaron los libros, porque yo veía que a mis padres les gustaban los libros. Yo siempre tuve una admiración muy grande, desde muy chico, de cuatro años, tres años, me gustaba mirar los libros. Hasta hoy yo admiro mucho a los lectores, la actitud de leer es muy linda, es una concentración muy especial, supone que tú estás tan concentrado y que estás en otro lugar. Me intelectualicé siendo adolescente, mis padres me pasaban libros de clásicos de la literatura brasileña, universal, yo los leía y me gustaba leerlos. Como adolescente ya estaba muy mezclado con esas cosas intelectuales, viviendo en una ciudad que era el centro de la dictadura militar del país, y muy crítico, aunque a mis padres no les interesaba mucho la política. Pero mi madre, sobre todo, era muy crítica de la falta de libertad. Mi padre a la dictadura ni la llamaba dictadura, no sé muy bien por qué.

La Universidad de Brasilia fue invadida varias veces durante la dictadura, no sólo cuando yo era adolescente, también más tarde. En 1977 fui preso por la dictadura en una invasión de la universidad, estuve 31 días preso en la Policía Federal que, en Brasil, es distinta de la de Argentina. La Policía Federal es la policía que trata los crímenes contra la federación. Fue una prisión muy tranquila en comparación con lo que le pasó a mucha gente en Brasil que fue torturada, algunos desaparecidos. Pero no quieres estar preso. Es muy mala la condición de preso porque te transformas en un objeto, no sos más sujeto de tu vida, porque tienes que quedarte todo el tiempo en un solo lugar, con hombres armados alrededor de uno, y a mí no me gustan para nada las armas. Tienes una rutina: 9 de la mañana a tomar sol. Además, no sabíamos qué iban a hacer con nosotros. Menos mal que no hicieron nada, pero podrían haberlo hecho. Yo tenía un amigo, hoy un gran intelectual brasileño, que se llama Italo Moriconi, que ya era muy amigo mío y que militaba en un partido clandestino en Río. La Policía Federal fue a mi casa y sacó todo lo que tenía en mi cuarto –yo vivía con mis padres–, y ahí había una carta de este amigo que era un análisis del movimiento de la resistencia a la dictadura en Río. Entonces, ellos creían que yo formaba parte de ese partido clandestino y no era cierto, nunca tuve la paciencia de ser militante de un partido, porque tú tienes que tener un tipo de disciplina que no me gusta, es un poco jerárquica la cosa, hay un programa y tú tienes que

creer en ese programa. Qué sé yo, soy un poco más anarquista en ese sentido. Y, entonces, la policía creía que yo formaba parte de ese partido que se llamaba MR8, Movimiento Revolucionario 8 de Octubre. Había resistencia democrática en Brasilia, pero, claro, ahí estaban todos los milicos. La cosa era bien pesada. En el 77, pasó algo muy importante en mi vida, fui preso. Yo ya hacía la maestría en antropología en esa época. Por mi inconformidad con la cuestión de la dictadura militar, yo hice sociología, mi licenciatura es en sociología. Y en esa época tenía un pelo muy largo, una barba así...

Durante mi licenciatura en sociología, yo trabajaba en el Banco Central de Brasil. Trabajé allá cuatro años y medio. Es un empleo que en Brasil todos quieren porque ganas súper bien. En esa época yo ganaba muy bien y era muy joven, estudiaba en la universidad y trabajaba 8 horas por día en el banco. Fue muy bueno para mí porque yo aprendí mucho en el banco sobre el capitalismo. Era la época del llamado "milagro brasileño" en los años 70. Y el milagro brasileño en realidad era una transferencia masiva de capitales extranjeros, aprendí mucho sobre globalización en esa época; no por casualidad después voy a estudiar el capitalismo globalizado.

Después de la prisión, me quedé esperando el fallo y fui declarado inocente. Pero, mientras tanto, yo había terminado la maestría y me había casado con una porteña, con quien estuve casado 9 años. Tengo una relación fuerte con la Argentina. Tengo un hijo que es mitad brasileño, mitad porteño. Entonces, la Argentina es mucho más que un lugar en el que yo hice trabajo de campo, es parte de mi vida. Siento que tengo parte de Argentina dentro de mí. Después de la maestría, yo no encontraba trabajo en Brasilia, justamente porque yo estaba en la computadora de los milicos. Lygia Sigaud había sido mi consejera en la maestría. Yo admiraba su trabajo, La Nación de los Hombres, sobre los trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar del nordeste. Ella pasó tres años en Brasilia por su marido de esa época, Moacir Palmeira. Ya era época de la apertura de la dictadura y Moacir estaba en Brasilia como asesor de la Confederación Nacional de los Trabajadores de la Agricultura. Lygia se quedó ahí en el programa de posgrado de la Universidad de Brasilia. Como yo la admiraba, le pedí que fuera mi consejera. Fue ella quien me consiguió un trabajo en el nordeste de Brasil, en la Universidad Federal de Paraíba, en Campina Grande, y ahí me mudé para allá. Pero, como estaba muy lejos de los centros, había un montón de personas de la izquierda brasileña allá. Viví un año y medio en Campina Grande que era una ciudad chica, en la entrada del llamado Sertão del nordeste de Brasil. La pasé muy bien ahí, pero quería hacer mi doctorado y tuve mucha suerte: en Campina Grande, un ex profesor mío llamado Daniel Gross, de la Universidad de la Ciudad de Nueva York me dijo: "Si tú quieres, tú puedes venir a Nueva York. ¿Quieres estudiar allá?". Y en Nueva York la estrella del departamento era Eric Wolf, a quien yo admiraba muchísimo. Eric fue uno de los más grandes antropólogos del siglo XX, y era la persona más sencilla. Más que un profesor de antropología, fue también un maestro de un estilo de ser, que es importante. Nosotros estamos en la vida académica porque admiramos a los otros, porque tenemos nuestros propios héroes culturales. Eric para mí era uno y tuve suerte, nos hicimos amigos. Después de que se

murió Eric en el 99, hace 10 años, le hicieron un homenaje este año en el Museo de Historia Natural de Nueva York e invitaron a 10 antropólogos de distintas partes del mundo y yo fui uno. Para mí fue muy emocionante hablar de él para los colegas norteamericanos. Siempre charlaba con él en mi propio límite, no charlaba tonterías con él, charlábamos las cosas más difíciles que yo podía y las más complejas. Pero también aprendí con él que no se puede ser ortodoxo, la heterodoxia es un valor intelectual, tú no puedes ser esquemático políticamente adentro de las ciencias sociales porque te estás empobreciendo.

Yo llegué en el 85 a Buenos Aires. Primero, nadie sabía qué era antropología; segundo, había muy pocos antropólogos argentinos porque la dictadura militar había prácticamente terminado con la profesión, sobre todo en Buenos Aires. Cuando yo llegué acá, tenía ya un conocido, un colega que conocí en el 83 en un congreso en Vancouver, Canadá. Yo estaba haciendo mi doctorado en Nueva York y hubo ese congreso de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, de la cual ahora soy vicepresidente. Hoy día también está el Consejo Mundial de Asociaciones Antropológicas, del cual yo soy miembro del consejo organizador y fui fundador. El consejo existe porque, cuando fui presidente de la Asociación Brasileña de Antropología (2001-2004), yo llamé a 14 presidentes de distintas asociaciones del mundo para una discusión sobre cómo mejorar la cooperación en la antropología mundial y el flujo de personas e informaciones, internamente a la profesión. El Consejo creció muchísimo, ahora tenemos 30 asociaciones que son parte y tiene un rol protagónico muy importante a nivel internacional, me alegro de que tuvimos la suerte de poder colaborar con esto. Pero volviendo a mi llegada a la Argentina. El antropólogo argentino que conocí en Vancouver en 1983 fue Leopoldo Bartolomé, mi querido amigo. Me dicen Leopoldo y Miguel, su hermano –después conocí a Miguel–, que yo soy el Benjamín de la familia. Leopoldo trabajaba con la relocalización que sería causada por la hidroeléctrica de Yacyretá.

Mi tesis de maestría sobre Brasilia era un trabajo marxista que estaba hecho para denunciar la ideología dominante sobre la construcción de la ciudad y mostrar que los obreros tenían un protagonismo. Al final, concluí que era necesario comparar la construcción de Brasilia con la construcción de una represa en la Amazonía brasileña, que se llamaba Tucuruí. Entonces, mi idea era comparar a Brasilia con Tucuruí. Cuando yo llegué a Nueva York para hacer el doctorado, Eric me dijo: "¡Ay! Esa idea es fantástica". Yo quería hacer lo que Eric y Sidney Mintz habían hecho, que era llegar a la formulación de una forma de producción vinculada a la expansión de sistemas económicos. Eric Wolf y Sidney Mintz tenían artículos clásicos sobre las Plantations (sic) y las Haciendas

como una estructura que se reproducía en distintas partes de las Américas. Para mí, yo estaba frente a una cosa parecida, sólo que de la construcción civil. Entonces, Eric rápidamente se dio cuenta de lo que quería hacer y dijo –muchas veces una pregunta de un profesor o de un colega nos cambia la vida–: “Bueno, está muy bien, pero ¿por qué, mientras vos estás acá haciendo los cursos que tienes que hacer para tu doctorado, no comparas la construcción de Brasilia con la construcción del canal de Suez, del canal de Panamá, de los ferrocarriles norteamericanos?”. Entonces, “¡Wow! OK”, o sea, el mundo es el escenario del pensamiento, no Brasil. Porque, eso que hablábamos ayer, el problema de que la imaginación antropológica y sociológica termina en la frontera de tu país, ¿de dónde sacamos esto? Y con esa pregunta de Eric, en ese momento yo empecé a pensar globalmente. Yo creo que ahí empecé a estudiar globalización. Yo hice un curso sobre Oriente Medio en la CUNY e hice un trabajo sobre el canal de Suez. Las bibliotecas norteamericanas son excelentes, había libros del siglo XIX sobre la construcción. Hice un trabajo después sobre el canal de Panamá. Y después, por mí mismo, estudié un canal norteamericano que se llama Erie Canal, entre el río Hudson y los Grandes Lagos, que fue importantísimo a principios del siglo XIX para la integración económica de la frontera hacia el oeste y el puerto de Nueva York. Por ahí salían los cereales a los mercados globales. Ferrocarriles en Estados Unidos, ferrocarriles en Brasil y, bueno, ¿dónde está mi represa? Esta represa Tucuruí ya estaba por terminarse. Porque yo soy antropólogo, entonces, básicamente en el trabajo de Brasilia había trabajado con la memoria de los obreros; en los otros trabajos era historia, leyendo los documentos, los libros. “Tengo que hacer una etnografía, no es posible, tengo que vivir en una obra mientras la obra está siendo hecha”. ¿Cuál va a ser esta obra? Y bueno, Tucuruí se terminaba, y Yacyretá estaba empezando, entonces, Yacyretá.

Leo estaba allá. Él estaba súper contento de que alguien iba a hacer un trabajo sobre Yacyretá y me dio toda la ayuda que tú puedes imaginar. Así que le debo siempre, y Leo sabe eso, ya le dije miles de veces y lo voy a decir diez mil veces más, que le debo muchísimo porque me abrió, como digo en el libro *El Capital de la Esperanza* que publiqué acá, dedicado a Leopoldo, digo que él me abrió todas las puertas en Argentina, porque fue eso lo que hizo, usó todo su capital político, simbólico.

Yo llegué acá en el 85. Me acuerdo, acá en Corrientes, no sé dónde, todos tomamos acá café, es el ritual porteño número uno, estábamos ahí charlando: “¿Qué vas a hacer?”, “Yo voy a hacer una investigación sobre Yacyretá, yo voy a vivir allá”. Todos los colegas argentinos que estaban ahí me dijeron: “Ah, no vas a conseguir”, “¿Cómo no voy a conseguir?”, “No, porque ¿cómo vas a entrar ahí?”. Bueno, no sé, entrando. Y entré, yo viví 8 meses en el obrador e hice investigación acá, en Torre Madero, donde era la sede de la Entidad Binacional Yacyretá, en Puerto Madero. Una torre marrón, que existe ahí, era la sede de la Entidad Binacional. Había un archivo enorme, enorme, desde el 57 hasta el 85, o sea, eran casi 30 años de archivo. Yo me quedé 6 meses ahí adentro, levantando eso, después fue un capítulo de la tesis, 6 meses de trabajo se transforman en un capítulo. Es que la gente no se da cuenta de cómo el trabajo de investigación es un trabajo pesado. Tú trabajas 6 meses para poder escribir 20 páginas.

Entonces, me quedé 6 meses ahí. Por suerte había una bibliotecaria que me ayudó mucho. Eso me había enseñado Sydel Silverman en Nueva York: "Mira Gustavo, las bibliotecarias la mayoría del tiempo están aburridas porque no aparece nadie. Y cuando aparece un investigador hacen todo por uno, entonces, trata bien a las bibliotecarias que van a ser tus mejores amigas". Y verdad, esta mujer me ayudó mucho. Yo llegaba a las 8, salía a las 7, decían que yo ya iba a ganar presentismo. Todos los días iba y me quedaba, porque cuando uno está haciendo investigación es una obsesión.

Yacyretá está a ciento y pico de kilómetros de Posadas, lo cual fue muy bueno para mí, porque cuando estaba cansado iba a Posadas y me quedaba con Leo. Incluso, Leo me invitó a dar un curso en Posadas en esa época. Entonces di un curso sobre ideología que siempre fue una de las cosas que más me gustó estudiar. Y era un curso sobre la discusión teórica sobre ideología. Hablábamos de la gente del *Année Sociologique*, los estructuralistas y los marxistas. Era básicamente eso el curso. Una discusión, digamos, de base sobre los clásicos que habían trabajado sobre ideología. Después terminé la investigación y me quedé acá en Buenos Aires escribiendo. Fue cuando estuve más tiempo en Buenos Aires, porque antes yo pasaba más tiempo allá en Corrientes, donde se construía la represa. Me quedé como un año escribiendo en Buenos Aires. Me llevó mucho tiempo escribir la tesis porque tenía pilas y pilas y pilas de datos, era enorme la cantidad de cosas, no solamente entrevistas: diarios de campo, todos los periódicos que había copiado ahí en el archivo de la Entidad Binacional porque esta señora me dejaba hacer fotocopias. Entonces, tenía centenas de copias de periódicos paraguayos y argentinos. Era un material muy grande.

Otra persona que era muy amiga mía, y que sigue siendo, fue Federico Neiburg. Federico vivía en Paraguay, cerca del Hospital de Niños, y yo vivía en Coronel Díaz y Güemes, éramos vecinos. Había hecho una tesis de licenciatura, que después se publicó como libro, para que uno tenga la idea de cómo la cosa era sólida. Y yo le presenté la antropología brasileña: "Mira, Federico, tú tienes que leer estos libros que son autores brasileños", era *La Mudança Social no Nordeste* y *Vapor do Diabo* de José Sergio Leite Lopes. Federico fue a hacer el doctorado en el Museo Nacional con José Sergio Leite Lopes. Además, yo le conseguí una beca de la Wenner-Gren Foundation, porque en esa época la mujer de Eric Wolf era la presidenta de la Wenner-Gren. Los amigos argentinos, hay muchos otros, claro, no sólo en la antropología, también en la sociología, Héctor Poggiese trabaja en Flacso, Radovich es muy querido; en Posadas, todo el departamento, tendría que buscar la lista de profesores, son todos mis amigos. Me siento en mi casa en Posadas, porque yo llegaba estresado ahí de la represa y la gente me invitaba a tomar vino y nos quedábamos charlando.

No tuve muchos problemas con dilemas éticos en el trabajo de campo. Al contrario de lo que yo había hecho en Brasilia, cuando trabajé con los obreros en Yacyretá, yo estaba buscando también una confirmación de una cosa sistemática. Así, la visión de los ingenieros era muy importante porque ellos tienen una visión del sistema con el cual están lidiando. Yo trabajé más con ingenieros en Yacyretá que con obreros. También trabajé con obreros, pero mucho menos. Fui al sindicato a ver qué estaba pasando y cuál era la onda del sindicato. No tuve muchos problemas con ellos allá en el obrador. Tú sabes que los antropólogos empezamos a hablar la lengua de la gente que uno estudia. Entonces, empecé a hablar un poco la lengua del ingeniero, de tal manera que una vez estaba ahí, cenando con tres ingenieros, viene un mozo y pregunta: "¿Usted es el 'antrolópogo'?". Yo dije: "Sí, yo soy el 'antrolópogo'", porque era un bicho raro.

Hubo un solo problema una vez. Era un tipo que trabajaba en la Entidad Binacional, no en el consorcio de contratistas. Si tú charlas con la gente que trabaja para el Estado es una cosa, si tú charlas con quienes están metidos ahí con el capital privado es otra. Entonces, era un abogado que creo que estaba ahí desde la época de la dictadura, y era jefe de no sé qué sección que me parecía estratégica. Tenía que entrevistarlo, y él estaba medio que sí, que no, que sí, que no. Un día conseguí que se diera. Y empezamos a charlar. Él estaba muy tenso, muy tenso, y todo lo que me decía era: "No", "No", "No", como que no quería decir nada. "Acá no va a pasar nada", pensé. En un momento yo le pregunté: "Bueno, ¿y cómo fue todo el proceso político de la elaboración y firma del Tratado de Yacyretá?", un tratado argentino-paraguayo. Él me dijo: "Esto no puedo contestar porque es secreto de Estado". Entonces, yo le dije: "Mire, señor, usted no tiene tiempo para perder, yo tampoco. Porque usted sabe y yo sé que los tratados son documentos públicos, entre dos Estados justamente, para que toda la gente sepa que se ponen de acuerdo y qué van a hacer. Si usted no me puede hablar del Tratado de Yacyretá ni quiere darme una copia del tratado, es porque usted no quiere hablar conmigo. Entonces, es más fácil que nosotros reconozcamos eso y paremos ahora para no tomar su tiempo". Absurdo. Y el tipo, como que se dio cuenta: "No, perdóneme, perdóneme. La verdad que yo no estoy muy bien hoy" y ahí empezó a dar toda la versión de la derecha argentina sobre la represa. Sacó al aire justamente lo que no quería decir, que era toda la cosa de la geopolítica del Río de la Plata, que involucraba a Brasil, Argentina y Paraguay. Era la visión milica de la cosa, de la geopolítica de Brasil con el Paraguay, que Brasil quería tener más influencia sobre el Paraguay, que por eso construyó Itaipú. Entonces, la Argentina tenía que construir Yacyretá para contrabalancear la influencia brasileña sobre Paraguay y qué sé yo, toda esa cosa. Fue el único momento de toda la investigación que yo sentí que alguien me veía como un espía brasileño: "¿Qué hace ese brasileño acá estudiando a Yacyretá?". Fue el único, todos los otros no, al contrario, siempre muy amables.

Con respecto a la etnografía muy pocas veces en la vida tienes oportunidad de hacerla. ¿Cuándo voy a tener de nuevo el tiempo para pasar 8 meses en una represa? Nunca más. Me da lástima porque es buenísimo. Lo divertido en antropología es la etnografía y es un desafío permanente porque

uno está involucrado, tu cuerpo está ahí. Yo tenía un poco de paranoia también, todos la tenemos en las investigaciones de campo. Mientras hacía la investigación escribí un artículo que se llama "Descotidianizar", que es muy usado en la UBA, que escribí justamente en función de esta paranoia que yo sentía en Yacyretá. Porque claro que yo sabía que yo era un brasileño estudiando y que unas personas podían creer que yo era un espía. Tú no puedes ser ingenuo. En determinado momento justamente habían desaparecido 250 millones de dólares. Ese asunto me interesó porque yo quería entender la economía política de los arreglos de las élites, que también es un capítulo de la tesis. De ahí saqué una noción teórica que se llama "consorciación" que es cómo las élites, al nivel internacional, nacional, regional y local, se ponen adentro de una misma red porque tienen intereses en común. En este caso, eran 14.000 millones de dólares. Es mucho interés en común, ¿no? Y, entonces, estaba medio queriendo ver qué había pasado y mi amigo Leo, con su sabiduría, me dijo: "Gustavo, ¿va a hacer alguna diferencia que tú sepas realmente qué pasó con eso o no para tu tesis?", y yo le dije: "No", "Entonces, ¿para qué estás queriendo saber?".

La etnografía es una vivencia. Hacer etnografía, en el sentido en que yo hice en Yacyretá, no tuve la oportunidad de nuevo. Es que la palabra "etnografía" es muy abusada. Para hacer etnografía es muy importante dónde tú vives. Si tú vas, hablas con el tipo de la esquina, vuelves a tu casa de siempre y duermes, eso no es etnografía, tienes que estar con la gente todo el tiempo. Ese es un problema. Una vez, estaba dando un curso allá en Brasilia, un estudiante de sociología me dijo que eso es completamente loco porque allá en Brasilia está el Palácio do Planalto donde trabaja el Presidente de la República. Era el 4 de julio, este estudiante pasó y la ventana de la oficina del presidente estaba apagada, no había ninguna luz. Entonces, dijo: "Mi etnografía concluyó que el Presidente no estaba trabajando porque era 4 de julio y, como es feriado en Estados Unidos, tampoco trabaja en Brasil". ¿Es tu etnografía? O sea, "etnografía" en determinado momento quiere decir: "Lo que yo vi": pasó en auto, vio que la luz estaba apagada y entonces hizo una "etnografía" y llegó a una conclusión absurda: que el Presidente no estaba trabajando porque era tan pro-norteamericano que en el 4 de julio, feriado en Estados Unidos, no trabajaba. La "etnografía" le permitió llegar a esa conclusión. Era una locura eso. La etnografía es una cosa mucho más compleja y profunda, con todos los problemas del objetivismo, del positivismo, del aislacionismo. Porque tú tienes que estar. Y los diarios son la prueba de que tú estás y tú también te sientes mal: estás paranoico, estás angustiado, estás solo. De pronto hay gente que te cae bien, otros que no te caen bien, hay gente que te quiere, hay gente que te odia, hay gente que quiere tener sexo contigo, hay gente que no quiere, que no sé qué, qué sé yo, ¿no? Tú estás vivo ahí, entonces, es complicado... Pero yo hice varios trabajos después de la investigación de campo, algunos complicados. Uno, en el Banco Mundial en Washington. ¿Cómo entrar en el Banco Mundial? Esa cosa de: "¡Ah! Tú no vas a poder". La gente te dice siempre que tú no vas a poder. Tú vas y lo haces. ¿Cómo hacerlo? Ese es el problema. Tú tienes que encontrar los caminos. Es difícil empezar una investigación, es muy difícil, tienes que romper primero tu propia timidez. Uno hace cosas por estar haciendo trabajo de campo que nunca hace normalmente, cosas locas. Yo me

tiré adentro de un edificio en San Francisco, invadí el edificio, estaba haciendo una investigación sobre brasileños en California, invadí el edificio, o sea, que si el portero me hubiera visto, habría sido preso por invasión de propiedad privada. Eso en Estados Unidos es muy serio, yo lo sé, pero lo hice, porque dije: "Tengo que entrar en ese edificio, de cualquier manera". Invadí cuando salía el auto del garaje: mientras el portón se cerraba, yo me metí adentro. Jamás en mi vida voy a hacer eso en una circunstancia normal. Pero, como tú estás haciendo investigación, estás medio loco, no sé qué pasa. Hay situaciones que son muy controladas y las élites no quieren ser investigadas. Por eso, es más fácil hacer investigación con quien no tiene poder, porque ya la desigualdad de clase impone que el otro te acepte: "¿Por qué le voy a decir no a ese tipo?". Pero el otro, que es poderoso, que tiene un curso superior, te dice: "No". Sabe que no va a pasar nada si no habla contigo.

Estoy muy metido en la política global de la antropología en este momento, desde el Consejo Mundial (WCAA). Una cosa que aprendí con una persona del pueblo brasileño en una discusión sobre periferia: por su intervención en un debate público, yo tuve que pensar como antropólogo y le contesté que tenía totalmente razón. Se discutía sobre periferia, él se paró y dijo: "Yo no vivo en la periferia, donde yo vivo es mi centro". Yo dije: "Tú tienes toda la razón". Los antropólogos sabemos que existe inteligencia en todas partes. Entonces, es esto que estamos haciendo con la misma antropología a nivel global.

Ahora, sobre esto, que existe inteligencia en todas partes, eso es lo que uno trabaja en la universidad, con la inteligencia. Si tú no trabajas con la inteligencia en la universidad, ¿por qué estás en la universidad? Muchas veces la militancia política tiene ese tipo de problema. Si yo quisiera estar ciento por ciento en la militancia política, estaría en un partido político, no en la universidad. Si quiero ser político profesional, voy a formar parte de un partido y voy a hacer política en la República, totalmente. Claro que tenemos que hacer política en la universidad, como tenemos que hacer en todas las partes, pero no al punto en que uno confunde la especificidad de la vida académica con la especificidad de la vida política, ahí ya es otra cosa. Y es muy fácil hacer esa confusión.

La política universitaria es muy pesada. No sé si vale la pena. Es mucho más fácil ser profesor investigador. La universidad existe porque creemos que existe, porque el día que no creamos más, se va. Vos llevás 50 años, 100 años para hacer algo, para tener profundidad, densidad... en cinco días, se puede ir.

La Asociación Brasileña de Antropología es una asociación que, primero, tiene un prestigio muy grande en Brasil; segundo, tiene compromisos políticos muy claros con los indígenas brasileños y con los afrobrasileños, sobre todo los quilombolas, y minorías comportamentales; tiene política de género, de identidad, de homosexuales, de defensa de los derechos de las mujeres, de derechos humanos en general. Entonces, por un lado, la sociedad brasileña espera una participación fuerte de la Asociación; por otro lado, el Estado brasileño también lo espera, y también los miembros de la Asociación esperan que se dé esta participación. La ABA fue fundada en el 55, en la Segunda Reunión Brasileña de Antropología en Salvador, Bahía. Pero la primera reunión fue en 1953, en el Museo Nacional en Río, y de ahí salió la idea de que en la

segunda reunión se fundaba la Asociación Brasileña de Antropología. Tenemos dos fechas: 53 y 55. Ya en su fundación estaban personas que tenían muy claro cuál sería el rol de los antropólogos junto a la sociedad y al Estado brasileños: Darcy Ribeiro, Roberto Cardoso de Oliveira...

Tenemos una marca de nacimiento muy buena de compromiso político con la vida del país. Y creo que este compromiso es algo que todos, no sólo los presidentes de la Asociación, sino que todos sus miembros esperan de la Asociación. Es una cuestión histórica y yo diría de una generación muy especial de intelectuales brasileños que tenían muy claro que uno no puede ser antropólogo, yo diría, uno no puede ser cientista social en una torre de marfil en los países como los nuestros, llenos de problemas, de desigualdades e injusticias.

La antropología brasileña crece mucho, es una de las más grandes y más interesantes del mundo, te lo puedo decir, porque estoy muy metido en eso de Antropologías del Mundo, como se llama el último libro que compilé con Arturo Escobar, que es también un proyecto político.

Si vas a compararla con otras grandes antropologías, la antropología brasileña es tan interesante como otras, no sólo por su historia, sino por su propia producción, diversidad. Es ya una antropología muy grande y hay varios tipos de cosas que están hechas. Es imposible leer la producción en antropología brasileña, uno no consigue leer la enorme cantidad de disertaciones de maestría, de tesis y libros, de artículos. Ya es una comunidad muy grande. Y la ABA es su representante legítimo.

A mí no me gusta estar en los lugares sólo por estar. Si yo soy presidente de ABA, ¿qué podemos hacer con ABA? Hicimos muchas cosas políticas y también de producción académica, libros, videos, encuentros sobre racismo... Y cuando yo era presidente de la ABA, una de las cosas que hice –claro que con la ayuda de varios colegas– fue una investigación sobre quiénes eran los antropólogos brasileños; porque los antropólogos brasileños, como todos los antropólogos, eso es muy raro, hablan mucho de ellos, pero hablan porque creen que son así. Entonces, "Bueno, vamos a hacer una investigación sobre los antropólogos brasileños", que fue una investigación que duró un año y medio, y fue hecha en todo el país por sociólogos. Yo siempre les digo a mis colegas sociólogos que nosotros sabemos cuándo necesitamos de los sociólogos. Era una cosa cuantitativa, 1200 personas.

Esto es una muestra de una generación porque, claro, en los años 50 si tú ibas a la universidad era una cosa; en los años 80, es otra. La universidad brasileña ha crecido muchísimo, pero claro que todavía quien llega allá es una élite porque es un índice muy bajo de la sociedad brasileña, de los jóvenes brasileños, ahora no me acuerdo, que llegan a entrar a la universidad. Entonces, de todas maneras es una élite, en general los que llegan a la universidad, en todas partes, son una élite.

En la investigación que mencioné interesaba ver el origen social de los profesores de los programas de posgrado en antropología, a través de la educación de los padres, del nivel de educación que tienen los padres de los profesores. Entonces, es muy común en varios programas, con la excepción de Río, el Museo Nacional, que los padres de los profesores no tuvieran educación

superior y algunos tenían nada más que educación primaria. Es una señal de clase muy clara. Pero si tú vas nada más que a Río y sales con el colega que dice que el padre fue eso, que el tío, que... ¡Uh! Es la élite brasileña, ¿no? Pero los que estamos en la universidad, de alguna manera u otra, somos una élite, sí, porque llegó allá, llegó a la universidad, se distinguió, estudió. Somos una élite como cualquier profesor universitario que, creo, forma parte de la élite de su país, en términos de que es miembro de una élite intelectual y, muchas veces, también de una élite económica. En Brasil esto es más claro que en la Argentina, ¿por qué? También porque no pasamos por el deterioro de la universidad pública que ocurrió acá, en la Argentina. Entonces, también hoy somos una élite económica, comparados a la masa del pueblo brasileño.

El mercado de trabajo está cambiando mucho y tendríamos que esperar que cambiara, ¿por qué? Hablo de Brasil, y a lo mejor acá en la Argentina también ya esté pasando lo mismo, o ya pase lo mismo, que es que producimos más antropólogos de lo que la academia puede absorber. No sé cuántos doctores en antropología salen por año en todo el país. Pero es claro que los programas de posgrado no pueden absorber todo esto. Ahora es un buen momento porque pasamos por una gran expansión del sistema universitario brasileño, en el gobierno Lula, que ha significado la contratación de mucha gente. Mi departamento, por ejemplo, tiene 13 profesores nuevos, ahora somos 23, o sea, hay más profesores nuevos que profesores antiguos. Pero esto es una coyuntura, todos nosotros estamos bastantes conscientes de eso. El año que viene hay elecciones y no sabemos qué va a pasar. El problema de estar en la universidad pública en nuestros países es que estamos directamente colados en las políticas del Estado, entonces, puede llegar a pasar todo. Hay un ministro que piensa no sé qué y ahí ya se deshace esto. Eso es un problema pero, por otro lado, también nos obliga a hacer política.

Hace varios mandatos de presidentes de la ABA que hay grupos de trabajo que son direccionados a la profesionalización. Hay un consenso cada vez más grande de que hay que incorporar los que trabajan afuera de la academia, esto desde ya. Y las preocupaciones de los estudiantes con respecto a su futuro profesional son preocupaciones más que justas. Entonces, enseñamos antropología para que la gente haga ¿qué cosa con la antropología? Que digan que son antropólogos pero están trabajando de cualquier cosa. De eso tenemos que preocuparnos. Pero hay mucha cosa que no está bajo el control de uno, tiene que ver con las dinámicas del mercado de trabajo. La ABA ha generado varias opciones de mercado de trabajo, con convenios que hace con ministerios, por ejemplo. Yo empecé y Miriam Grossi terminó un convenio con el Ministerio de la Reforma Agraria que resultó en la contratación de casi cien antropólogos ahí en Brasilia y otros estados brasileños, para trabajar con los quilombos, las tierras de esclavos que escaparon de la situación de la esclavitud e hicieron sus propios territorios, que son reconocidos por la Constitución como territorios étnicos. Decimos: "¿Quién habla de etnicidad? Son los antropólogos"; entonces, hay que tener antropólogos acá y ellos aceptaron y ahí están. También, el Ministerio Público de la Unión tiene un convenio con la ABA para los problemas de conflictos de tierra, involucrando indios y quilombolos, y ahí están

antropólogos trabajando, no sólo en Brasilia, sino en otras partes del país. Se sabe que hay que generar oportunidades, pero es limitado el universo, no es que sea la cosa más grande del mundo porque nosotros sabemos que la antropología tampoco es una profesión que se venda fácilmente. Primero, porque es crítica; segundo, porque desnaturaliza lo que todos naturalizan; y tercero, porque hay un desconocimiento enorme sobre para qué sirve la antropología, qué hacen los 'antrológos', ¿no?

¿Qué me hace feliz de ser antropólogo? No sé, tú sabes, parece ser una pregunta sencilla, pero no lo es. Yo creo que es una oportunidad única de hacer lo que tú quieres y pensar lo que tú quieres. Eso para mí no tiene precio, para nada. Yo puedo definir lo que quiero hacer, y hacerlo; yo puedo decidir en qué cosa voy a invertir mi curiosidad y lo hago. Y, además de esto, claro que es una cosa muy narcisista porque pasa por "Yo, yo, yo", pero al menos, en mi trayectoria, siempre me preocupo por definir estas cosas de manera que sean socialmente importantes. La antropología me da la oportunidad de escribir y de encontrar mis lectores, que es lo mejor que uno puede tener, porque el acto de escribir es un acto muy íntimo, y el acto de leer, sobre el cual estábamos hablando de cuando yo era niño y miraba a mis padres leyendo y me parecía fantástico, también es un acto muy íntimo. Yo escribo y la persona lee, somos íntimos, y cuando encuentro un lector que me dice que pensó sobre lo que leyó que yo escribí, para mí es el paraíso.

